

La formación del Director de Escena

Por Jorge Ferrera

La formación del director de escena. Un tema sin lugar a dudas polémico. Durante estos años, me he preguntado con insistencia si realmente es necesario una escuela para un director. Hoy, aún no puedo responder. Nuestro oficio posee la «virtud» de originar miles de preguntas que una vez respondidas originan otras miles. Pido disculpas si en mi intervención acudo a mi propia experiencia pero hoy sólo puedo ofrecer la visión de un joven recién graduado del Instituto Superior de Arte y que tiene la bella responsabilidad de ser director de un grupo teatral.

La persona que posee un profundo interés por la dirección teatral y elige la escuela como un camino para su formación, debe tomar rápidamente conciencia de un fenómeno. La entrada a la academia significa en algún modo, la entrada hacia el autodidactismo. Y es precisamente en el reconocimiento de esta paradoja donde sacará más provecho a sus estudios.

La escuela deviene entonces en contexto, un espacio ideal para la necesaria praxis teatral que debe intentar ser muy personal. Un estudiante de dirección escénica no cuenta con la guía diaria de su profesor, a diferencia del estudiante de actuación. Por tanto, se encuentra más tiempo en soledad. He aquí cuando comienza un diálogo consigo mismo que no culminará sino con su muerte. El actor se refugia en su profesor, pero él no puede hacerlo en todo momento, por consiguiente: busca alternativas.

Se refugia en los libros, en talleres, en sus actores y por supuesto, en sí mismo. Digamos que el estudiante de dirección es el hijo que tiene que aprender a caminar más rápido sin la ayuda de sus padres. A mi juicio no existe un aprendizaje más efectivo que no sea aquel que confronte al alumno con la práctica. La información que nos suministre al escuela debe servirnos para aprender a teorizar sobre nuestro trabajo y de este modo visualizar futuros caminos.

Maestro-alumno

A mi lado tengo a quien fue mi maestro en un primer año. Vicente Revuelta. Siempre he planteado que el primer año en una facultad de teatro, es esencial para el futuro teatrista y para el director es sumamente importante contar con un maestro-consejero. Eso es posible estando dentro de la escuela o fuera de ella. No es la persona a la que vas diariamente a recibir clases, sino la persona a la que acudes para conocer como llegar al escondite del cofre. El sólo te responderá:

«Por este camino se llega muy rápido, pero suele ser un camino fácil y mentiroso,. Por este otro te demoras un poco

más, es muy difícil su acceso, pero es mucho más sincero. Además, la sorpresa siempre estará presente porque a cada paso descubrirás algo nuevo. En cambio, por el otro llegarás rápido porque no hay nada que descubrir.»

Y aquí es donde se necesita el poder de análisis y la capacidad de selección del joven director de escena. El maestro nos ha mostrado los caminos, pero es uno quien decide por cual comenzar la travesía, es uno quien abrirá el cofre de la forma en que lo quiera hacer y es uno quien sabrá qué hacer con el tesoro escondido. El director de escena necesita en su formación profesores que alumbren senderos, que nos sacudan, que nos hagan dudar de nuestras propias absolutizaciones. Sólo esto producirá una sed inagotable de conocimiento.

Se necesitan profesores que no dictaminen tu quehacer teatral. Por ser yo alumno del profesor *F* no tengo por que hacer el mismo teatro del profesor *F*.

La relación alumno y profesor debe darse sobre la base de un respeto mutuo donde el primero debe ir descubriendo algo primordial: el sentimiento, el «para qué.» Una relación donde el alumno tome conciencia de que aún esconde y esconde. De que no transgrede límites, de que ha de vencer obstáculos personales o profesionales.

Algunos pueden pensar que no sólo bastan las buenas intenciones. Es entonces cuando la academia juega su papel. Te suministra la información técnica: clases de voz, de expresión corporal, canto, historia del teatro, etc. Esta información tarde o temprano se nos aparece en el tiempo. Sin embargo la otra, cómo hablar y conducir un actor, cómo escarbar en tu interior para presentar un acto lo más sincero posible, cómo asumir nuestro oficio, eso no se encuentra en los libros. Eso está en el maestro que hayas elegido y en ti mismo. Hasta aquí mi visión de la escuela como componente del proceso de formación del director de escena. A continuación me detendré en otro elemento importante en el aprendizaje: el grupo.

El grupo

La creación de un grupo para un director significa la creación de su segunda escuela. En el interior de un colectivo están presentes múltiples formas de conocimiento. Asumir el grupo como un constante laboratorio, significa garantizar su propia superación. Al descubrir al actor, el director se descubre a sí mismo. Constatar en la práctica que cada actor es una fuerte individualidad y que por consiguiente lo que es válido como estímulo creador para uno, no lo es para el otro, obliga al director a diseñar un sistema de relaciones a partir de la di-

ferencia. En esta búsqueda cotidiana de posibilidades para adentrarse en la piel y el espíritu del actor, el director va superándose. Esta retroalimentación práctica es esencial para su formación. Lo que creemos como fácil a nivel teórico, se nos transforma en algo sumamente complejo en la práctica. El actor ha depositado su confianza en nosotros. Tenemos una alta responsabilidad. Guiarlo. Y para ello tenemos que prepararnos. Aflora una pregunta: ¿por dónde comenzamos? Es el grupo quien va proponiendo el camino del conocimiento. El director debe ser un agudo receptor para conocer las necesidades investigativas del colectivo. Un director debe interesarse por la música, la danza, las artes plásticas, los rituales más cercanos y los más lejanos. Nada le debe ser ajeno.

Cada espectáculo constituye subir un peldaño. No importa el éxito o no. Sin embargo, si el espectáculo se ha asumido como una experiencia nueva, sin la fácil repetición de fórmu-

las, esta experiencia habrá dejado en el director conocimientos esenciales que inciden en su formación.

Siempre he trabajado con mis actores explorando las vías de equilibrios en distintos niveles técnicos, profesionales, humanos. Respecto a la formación del director de escena también creo en la necesidad de una balanza en el aprendizaje. Aquel que haya optado por la escuela, debe esperar conocimientos útiles para su formación, pero también debe entender que una escuela brinda instrumentos, no forma artistas. Aquel que haya optado por el autodidactismo, no dejémoslo todo al empirismo, a la intuición. A estas alturas de nuestro siglo se necesita una información teórica que respalde nuestro trabajo. Nuestro teatro necesita de una rigurosidad científica y no temámosle a la palabra. La exigencia de construir oportunidades de confrontación y debate para reflexionar y profundizar.

El lugar del teatro en la sociedad del futuro

Por Guillermo Heras

Si existe a lo largo del tiempo un problema realmente grave en relación a la práctica teatral, ha sido en esos momentos en que se ha producido una clara ruptura entre teatro y sociedad. Es obvio pensar en los grandes momentos que atravesaron las artes de la representación en la Grecia de Esquilo, Sófocles, Eurípides o Aristófanes, el siglo de Oro español o el período isabelino inglés, hasta llegar a la eclosión del teatro burgués del siglo XIX, donde dramaturgia y edificio teatral ocupan un lugar preeminente en la consolidación de una ideología dominante. Pensemos por un lado en las tramas y mensajes de las obras dramáticas y por otro lado en la configuración del teatro construido en base a palcos y pisos donde según las posibilidades económicas de los ciudadanos se puede ver y oír la representación de un modo muy distinto. Baste pensar en como el último piso adquiere dos maneras de denominarse según la clase que las emplea, unos lo llaman «paraíso» y otros «gallinero». Lógicamente siempre es más fácil analizar el pasado que especular sobre el futuro y sin embargo creo que el enunciado de esta mesa de debate debería arriesgarse en transitar hipótesis que nos permitieran soñar con aventuras posibles para nuestro teatro no sólo del tránsito de milenio, sino también de ese inquietante siglo XXI que tenemos ya tan cerca.

Cuando hablamos de palabras como sueño, magia, pasión, aventura, búsqueda, placer, encuentro, investigación, mestizaje... puede suceder que estemos ante un fenómeno de dirección muy distinta. Algunos llenan sus escritos de estos conceptos y sin embargo su teatro en la práctica del escenario es algo cadavérico, estéril aunque muchas veces muy

bien acabado formalmente. En el otro lado hay muchos creadores que llenan su espacio artístico de estas pulsiones, pero sin embargo reniegan y atacan cualquier reflexión teórica o filosófica que se realice sobre sus propuestas. ¿Es que no es posible una dialéctica entre un discurso teórico y una práctica escénica? ¿Es que no es posible reflexionar sobre el sedimento de tantas culturas teatrales como han sobrevivido al paso de los siglos? ¿Es que no es posible entender que la evolución del lenguaje teatral va más allá de los simples hechos coyunturales o de pura moda?

De cualquier manera hablar del teatro del futuro pasa también por reflexionar sobre el teatro del pasado. Una de las más tremendas carencias que conviven con la sociedad actual es la de la pérdida de memoria histórica y desde esa amnesia se cometen las continuas brutalidades a las que nos hemos acostumbrado sin ejercer otra repulsa que la indignación en tertulias o el artículo de turno para defender lo «políticamente correcto». ¿Es que no se puede hacer otra cosa que disentir con más o menos sordina? Ese problema que es clarísimo en nuestra actitud social es sumamente manifiesto cuando acometemos la especificidad de la práctica teatral. ¿Es posible que en un futuro próximo podamos volver a reencontrar conceptos como compromiso o militancia cultural? Por desgracia cuando en este momento en la Europa de Maastrich se ponen sobre la mesa estos términos aparece el coro de voces neoliberales, posmodernas o simplemente de pensamiento débil para descalificar cualquier alternativa que transite por esos caminos, acusando a sus defensores de seres obsoletos, anticuados o deudores de una filosofía de izquierdas que ya ha sido supera-